

La tiranía de amor¹

Patricia Bernal Ospina
Egresada Taller de Escritores
Universidad Central

*“Y todos más me llagan,
Y déjanme muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo”
(San Juan de la Cruz)*

Fernanda levantó su mano, la volteó para observar las líneas. Mirando la que se ubica entre el pulgar y el índice izquierdo reconoció la de la vida. Su mamá desde siempre le anunció que esa línea marcaría su destino.

—Ya es muy tarde, el ruido del agua es más fuerte esta noche. No me dejes sola quédate a mi lado, ¿quién lo va a notar?

—No, no, no, la ronda nocturna no ha pasado todavía.

—Ven, por favor, no me abandones. Todo el día estuve desesperada esperando a que llegara esta hora.

—Mira, voy a bajar la escalera, prendo la luz de mi refectorio así no llamará la atención y después de la vuelta vengo. Descansa, no pienses tantas cosas que no son y sólo viven en tu imaginación, mañana será otro día y hay que seguir trabajando.

—Sabes, andan diciendo que próximamente nos van a trasladar; por lo de la fábrica, parece que los productos se han cotizado bastante y lo más seguro es que a nosotras nos separen.

—Por eso mismo nena, vamos a dormir y esperemos a ver que pasa.

—Por eso mismo Toñi, esta noche y no otra, acércate, ven acá mi muñeca voy a mostrarte las líneas de mi mano.

Antonia se acercó a la cama que estaba helada; su cuerpo ardiente miró a Fernanda, la vio cómo levantaba sus ropas, se quitaba los botines, soltaba su cabello largo y se deslizaba silenciosa entre las sabanas. Miraban sus manos, ahora, desnudas, con los besos y los cuerpos, entrelazaban sus palmas en las que se juntaban deseo, caricias y el instante de amor.

El sonido del agua arrullaba sus sueños. Olvidaron que podían verlas, recibieron otro amanecer escuchando la catarata.

1 Primer Premio Concurso de Cuento, Secretaría Distrital de Integración Social

Desde que llegaron a ese lugar todo su tiempo transcurría en orar y trabajar. Trabajar y orar. Los hábitos diarios eran sólo parte de una rutina. A las seis en punto de la mañana pasaban al salón a empezar con la producción, les entregaban todo el material seleccionado. Hasta las doce en punto del mediodía, cuando la campana anunciaba el ángelus, hacían la oración a la virgen santa y podían pararse para pasar al comedor. Oraban nuevamente, volvían a la labor, desde la una en punto hasta las siete, hora de orar; regresaban al comedor, otra vez a orar, y a pasar al cuarto. Estos momentos eran los que las hacían seguir con la vida. El encuentro clandestino se convirtió en su oración de agradecimiento para continuar existiendo.

El convento de más de doscientos años ubicado en la región del Tequendama, en el departamento de Cundinamarca, a treinta kilómetros de Bogotá capital de Colombia, albergaba a las monjas de claustro que vivían de la fábrica de suspiros, unos dulces de su invención. Estaba situado al lado del río, entre unos peñascos de roca sin vegetación. Había bastante distancia desde la carretera, la vía era un camino estrecho con matorrales de hojas enormes propias del clima. La neblina de día y de noche se encontraba por todos lados. La edificación vetusta fabricada con ladrillo antiguo de color gris conservaba su estructura original que le daba el aspecto de castillo medieval. Largos corredores, cuartos con una sola ventana enrejada, mobiliario colonial, austero. Todo enmarcado en un ambiente de rigidez y contemplación. El oratorio sencillo, sobrio, la biblioteca seleccionada con bastantes tomos de autores místicos. En el comedor debían cubrirse el rostro. Las visitas, una vez al año, sí las había, debían recibirlas tras un torno de madera que dejaba salir la voz pero no permitía ver la persona que se encontraba al otro lado. Las monjas vestían hábito de carmelitas, observándolas se les veía la juventud, las de mayor edad no sobrepasaban los sesenta años. Ellas por iniciativa propia tenían un hogar para las de tercera edad. La rigidez del trabajo les exigía fortaleza juvenil. Su contacto con el mundo exterior era a través de la

Priora quien tenía tres mujeres de la región al servicio de la comunidad, para hacer compras, vender los productos y lo que se les pudiera ofrecer. Si alguien enfermaba, entre ellas mismas debían proveerse la forma de solucionar sus males. Si se les presentaban daños en la casa, los obreros debían esperar a que ellas se situaran en la clausura para poder hacer los trabajos. El domingo, día del Señor, vigilia total. Oración, vigilia; vigilia, oración; cánticos y rezos; rezos y cánticos, en alabanza

Fernanda levantó su mano, la volteó para observar las líneas. Mirando la que se ubica entre el pulgar y el índice izquierdo reconoció la de la vida. Su mamá desde siempre le anunció que esa línea marcaría su destino.

Las visitas, una vez al año, sí las había, debían recibirlas tras un torno de madera que dejaba salir la voz pero no permitía ver la persona que se encontraba al otro lado.

permanente. Ese día, en la noche, las monjas encargadas se reunían a organizar lo de la semana. Las otras aprovechaban para compartir en la biblioteca, sin velo, con el entusiasmo que produce hablar cuando no se ha hecho esto durante varios días. Discutían del trabajo, del frío, del ruido, del río, a todas les intrigaba el sonido tan fuerte del agua, sabían que allá a unas

cuadras el cauce se precipitaba cayendo sobre la roca en el Salto del Tequendama. El camino al convento no dejaba ver la imponencia de la naturaleza, ellas sólo escuchaban la descarga.

Las leyendas de la región asociaban el Salto con figuras míticas de monjas carmelitas sin cabeza que asustaban a quienes se osaran acercarse a la roca de la Virgen del Carmen, desde donde se lanzaban los suicidas. La cercanía del convento de claustro alimentó estos relatos. Otros más dramáticos comentaban que una monja lloraba en las noches arrullando a un niño entre sus brazos; llegaban a decir que un cura también sin cabeza, la abrazaba fuertemente. Otros relataban que una pareja de religiosos se aparecía en la noche lanzando sollozos de dolor.

Antonia era del campo, al salir de la escuela graduada como profesora, comenzó a trabajar. Quiso ir a la universidad pero se le dificultó. Conoció a Pedro, él se casó con otra luego de haberle propuesto matrimonio. Empezó a percibir el mundo como una mentira. Pasado el duelo, un domingo en la iglesia de su barrio el cura la ilusionó con lo de la vida religiosa, se fue sin pensarlo mucho para el noviciado en Tunja. Se ilusionó en ese lugar. Las oraciones penetraban en ella, todo lo que le enseñaban se le quedaba grabado. Las instrucciones impartidas por las maestras de novicias le parecían pertinentes, percibía ese hálito de ser esposa de Cristo. Los votos de pobreza, obediencia y castidad eran un estilo para vivir como lo había imaginado, de forma sencilla, humilde, con entusiasmo para el trabajo, entregada totalmente a la vida de comunidad, con la firme esperanza de imitar las enseñanzas de Jesús de Nazareth. Luego de dos años la llevaron para el claustro lejano y frío, en donde la niebla no permitía ni siquiera ver los alrededores. Sólo el estruendo la hacía presentir que debía haber un abismo inmenso por donde se rodaba el agua que venía por el río.

La historia de vida de Fernanda de la Peña era simple. Tenía quince años cuando sus padres fallecieron en un accidente, fue hija única. Su padre había sido jurista, le enseñó el amor por el estudio. En el testamento había dejado estipulado lo concerniente a la posibilidad de que si ellos morían antes, toda la herencia debía pasar a manos de las monjas carmelitas para su administración, y la niña, por consiguiente, debía educarse en el convento.

Por no tener otros familiares, ella pasó a ser por mandato legal, una monja más de clausura.

Se conocieron en El Topo, ese era el nombre de la escuela de novicias. Fernanda estudiaba latín, era diestra para escribir, sabía que en el mundo la vida era diferente. Una monja maestra le facilitaba tomos antiguos, como los que miraba con su padre. Durante las noches traducía versos para distraerse, conciliar el sueño e imaginar lo que no le estaba permitido conocer. Antonia era muy dulce, leía los Salmos del rey David, el Cantar de los Cantares del Sabio Salomón; estaba dedicada a conocer muy a fondo el evangelio según San Lucas. Una noche en la biblioteca luego de estudiar con intensidad los libros sagrados, contempló a Fernanda quien tenía sus ojos fijos en ella.

Cuando les anunciaron que salían para el antiguo monasterio del Tequendama, entendieron claramente el drama de sus vidas. El silencio, la soledad, la neblina eterna, el trabajo intenso, la oración perpetua, el frío penetrante, el sacrificio, la contemplación, la muerte, tantos interrogantes sin responder. Ahora ellas con las demás monjas, cumpliendo con lo mandado, daban vida a ese lugar inhóspito, tan cercano a la ciudad, tan lejano del mundo.

Fernanda siempre fue curiosa. Quería conocer más personas, conversar, leer otros libros, conseguir la forma de tener plumas, tinta y cuartillas para escribir lo que salía de sus pensamientos y le estaba prohibido expresar. Leyó la vida de una monja mejicana de claustro que se hizo famosa, no sólo por sus versos y su producción literaria, sino por haber abandonado la vida de mundo para poder hacer lo que deseaba: escribir sin que la molestaran. Estuvo muy deprimida cuando se dio cuenta de la dificultad que implicaba esto pues ella sólo podía dedicarse a hacer lo que le imponían. Antonia la consolaba. Sus palabras de aliento le producían descanso interior, durante el día no podían hablar pero cuando todo quedaba en silencio, se refugiaban para conversar. Toñi la mimaba, la animaba, le decía que algún día sería una gran escritora.

Se acercaba la Semana Santa, debían trabajar más y más. Una noche de luna llena Antonia entró asustada al cuarto de su compañera: — ¡oye he escuchado que después de la cuaresma nos mandan para los páramos de Usme, o a otro monasterio!

—Mira Toñi yo siempre te lo he dicho, tú no me creías. Yo lo oí en la cocina, un día que me tocaba a mí el servicio. La superiora le decía a la ecónoma que iban a llegar unas jóvenes del Topo y que a nosotras nos mandaban para Usme o al Sumapaz.

—No sé que pensar, ¿porqué no intentamos salir? Tú que eres la intrépida, ¿aprovechamos la noche de luna?

—Sí, soy intrépida, pero de palabra, piensa mi adorada Antonia, cuando yo llegué aquí tenía quince años. Conozco el mundo por los libros, y por las vidas de otros, yo nena, yo jamás he vuelto a salir desde la muerte de mis padres y a pesar de que fui yo quien te enseñó lo de las líneas de la mano, créeme, le temo al destino, quizás yo seré siempre una monjita de claustro

a la que Dios le puso en su camino un ser como tú, que la ha hecho sentir que en el mundo existen ángeles y a la que siempre vas a recordar por todo lo que hemos vivido.

—Realmente no sé que me motivó a hacerte la propuesta de salir, ¿qué harían dos monjas de noche huyendo? ¿Para dónde? Ninguna de las dos tenemos lazos familiares, no conocemos el camino, de nada nos serviría vivir en un mundo que desconocemos. Fernanda, ¿será que aún queda un espacio para nosotras diferente a este? No creas, le temo al pecado, hemos contrariado la ley de Dios.

—Recemos mucho, pidámosle a Dios que nos indique el camino. Toñi tú eres más sensata que yo. Antes de conocerte tuve momentos de ansiedad intensos, me costaba enorme trabajo poder concentrarme en la oración, en ocasiones escuchaba con fastidio las indicaciones de la Priora. No dormía bien y al despertar a la misma rutina, mi cuerpo no respondía, hubiera preferido quedarme en silencio para siempre, dejar el trabajo, salir, irme por el río, llegar al Salto e irme tras mis padres para reclamarles por haber trazado mi destino sin haberme consultado.

—Lo mejor es que nos arrodillemos y oremos con el Padrenuestro en latín, de pronto Dios escucha nuestros corazones.

Los días pasaban y se acercaba el viernes santo. Las dos monjas fueron separadas pues en los días de pasión por costumbre y sacrificio las enviaban a dormir en las terrazas para que vivieran en carne propia el dolor del Nazareno. El clima había cambiado y el invierno se hacía intenso, la niebla era constante, el caudal del río aumentaba por la lluvia, el estrépito era mucho más fuerte, a veces no podía escucharse ningún ruido diferente al de la naturaleza violenta que deseaba derribarlo todo al paso del raudal imparable que corría a estrellarse contra el acantilado. El ayuno hacía estragos en los cuerpos de las monjas; a Fernanda la hacía más hermosa, su silueta se afinaba, sus senos se endurecían esbeltos; podía percibir cómo se embellecían las facciones de su rostro al adelgazarse, a pesar de no poder mirarse en un espejo; observaba las líneas de su mano, suspirando imaginaba a Toñi entre sus brazos. Cómo deseaba amarla, cómo deseaba sentir su sabor en sus labios. Nunca habían pasado tantos días sin estar con ella desde que se conocieron. Recordaba el día en la biblioteca cuando al entregarle un libro tomó por primera vez su mano y el domingo aquel cuando al entonar los cantos gregorianos escuchó que en vez del sanctus pronunciaba su nombre. Qué días, qué noches eternas. Antonia comenzó a sentir que la abrazaba la fiebre, sus pensamientos se convertían en delirios. Asustada observó cómo en las palmas de sus manos por entre las líneas que tanto había besado Fernanda, su piel se abría. No podía contener el sangrado, se envolvía con unas vendas improvisadas que fabricó con pedazos de tela de la que usaban para elaborar sus prendas íntimas. En ambas manos ocurrió lo mismo. El dolor se hacía insoportable. Habían aparecido

en sus palmas las llagas del Nazareno. Veía a Fernanda acercándose a la cama que tendían en el piso, la sentía agachándose para besarla. Estaba sin el velo, con su cabello al viento envuelta en un vestido de seda blanca, la llamaba desde la piedra donde está la Virgen que acompañaba a los que tomaban la decisión de irse a la eternidad, arrojándose al Salto. El sudor la despertaba completamente mojada, no le salía la voz cuando quería llamar a Fernanda, solo podía pronunciar muy bajo: nena, nena, nena... Pensó en la muerte y en que no tenían salida alguna: el trabajo, la oración; la oración, el trabajo; la obediencia, el sacrificio; el sacrificio, la obediencia; el castigo, la castidad; la castidad, el castigo; la lujuria, el pecado; el pecado, la lujuria; la pasión, la continencia; la continencia, la pasión. ¡No, así no podía ser la vida! Y ahora para colmo con este castigo en su cuerpo. Pedía perdón a Dios. En su ruego clamaba misericordia por haber contrariado las leyes de la naturaleza. Ofrecía su dolor con humildad infinita entregándolo como oblación por el delito de amar a Fernanda y por todos aquellos seres a los que discriminan por no sentir igual al resto de los mortales y que ahora comprendía. Sin verla, sin saber nada de ella, pensando en lo de Usme, con ese sudor frío y el alma helada, sentía deseos intensos de acariciar su cuerpo pero se ofrendaba. Soñó, soñó, soñó. Ella le tomaba sus manos, las lavaba con esencias perfumadas —como lo hiciera en algún tiempo con su Crucificado Redentor, a pesar de que veía cómo la sangre continuaba saliendo, volvía a besarlas y las envolvía suavemente para aliviarlas. Ni siquiera en sueños podía permitirse más aunque sentía... sentía... sentía. Jesucristo que había sufrido tanto habría de perdonarla.

Antonia no volvió a probar alimento, la fiebre no cedía, ya no se levantaba del piso. Llegó el día viernes santo a las tres de la tarde, ella vio cómo su cuerpo se iba elevando sobre sí misma. Entendió que era su alma que salía y levitaba sobre su cadáver. Antonia dejó ese estado, pasó a otro plano astral. Ahora al saber como se está después de la muerte pudo entender que no era como se lo habían enseñado. La sensación de dolor había desaparecido, no sentía ansiedad ni deseos de hablar y hablar y hablar, simplemente podía desplazarse sin ser vista y por fin gozaba de una intensa paz interior. Subió a la clausura, encontró a Fernanda sollozando en el suelo, debió esperar a que conciliara el sueño. Se recostó a su lado, le acariciaba el rostro, miró

las palmas de sus manos y se fijó en las líneas que terminaban antes de llegar al final de la mano. Eran cortas, bastantes enredadas, las besó con ternura, quería consolarla. Fernanda sentía que se unían en un solo ser y fundían sus destinos para siempre, no quería despertar.

Empezaba otro día, debían sepultar a Antonia; todas se

Durante las noches traducía versos para distraerse, conciliar el sueño e imaginar lo que no le estaba permitido conocer.

reunieron en la capilla para los rezos. El aguacero arreciaba, los rayos iluminaban la estancia, los truenos asustaban al más fuerte. El Salto del Tequendama hacía honor a su pasado aborigen, sin este se inundaría la Sabana y Bogotá perecería bajo las aguas del río de su mismo nombre. Ella, Antonia desde la otra vida pudo salir del convento, se ubicó en la piedra famosa que daba al Salto. Miró todo a su alrededor, pensó en Fernanda, quería protegerla. ¿Cómo se le presentaría sin producirle pánico ni horror? ¿Si le hablaba, la podría escuchar? Con tantos interrogantes, decidió volver al claustro para abordarla ¿pero cómo? Había tanto ruido, tanta confusión, tanto cántico, tanto trueno, tanto llanto, tanta muerte, tanto dolor, tanto sacrificio, tanta privación, tanta obediencia, tanta pobreza, tanta castidad, tantos y tantos misterios en esa abadía de Dios. El viejo armonio no dejaba de sonar, sus acordes barrocos velaban el ataúd con el cuerpo de Antonia ubicado frente al altar, las velas blancas encendidas se apagaban por instantes, llovía con más fuerza. Fernanda se acercó a la caja y lanzó un grito desesperado:

—Dios, ¿aún existes?

Vio a Antonia con el cuerpo totalmente ensangrentado, se atrevió a abrir la caja, miró sus manos, con llagas; miró sus pies, con llagas; observó cómo de su costado también brotaba sangre y estaba abierto pues levantó el hábito que la cubría. Tocó su frente, al hacerlo las manos de Fernanda se vistieron de color púrpura, de la frente también brotaba sangre, mojaba su cabello y pequeñas gotas de sangre caían sobre su rostro. No podía contenerse, sus ojos se nublaron. Enloquecida por el dolor corrió sin rumbo.

El agua comenzó a inundarlo todo, el caudal del río crecía por segundos. Las monjas asustadas comenzaron a dispersarse. El agua continuaba entrando cada vez con más fuerza por debajo de las puertas y les tapaba los pies. La priora dio órdenes claras para enfrentar la emergencia, sin embargo, sus mandatos fueron desatendidos dada la magnitud de lo que estaba ocurriendo. Subieron al otro piso, el agua las alcanzaba, querían salir pero el miedo les impedía hacer algo diferente. Antonia encontró a Fernanda. La empujó hacia una puerta, ella no entendía qué le estaba ocurriendo. Lloraba y lloraba sin poder controlarse. Su cuerpo estaba rígido y frío; el hábito mojado pegado a su piel la tenía temblando. De repente sintió otro jalón y algo que la mandaba hacia arriba, muy asustada se desmayó. Toñi le daba palmadas en la mejilla para despertarla, la llamaba pero se dio cuenta que ella no podía escuchar su voz, la sacudió con violencia, no reaccionaba; decidió alzarla y sacarla a la terraza que aún no se había inundado, vio que la temperatura de su cuerpo era demasiado baja y su corazón latía cada vez más despacio, intentó darle respiración boca a boca, entendió que ella en la dimensión en que estaba no producía calor ni tenía el oxígeno que Fernanda requería para sobrevivir, en esos instantes percibió la fragilidad de los seres,

porque ella se le iba sin poder hacer nada. Sintió la misma angustia que debió haber vivido cuando ella supo que Antonia ya no era de este mundo.

Trató de evitarlo, no pudo. Fernanda reaccionó, en su locura se lanzó desde la roca de los suicidas. Toñi voló para tratar de detener el cuerpo que caía pero este inevitablemente se estrelló en el fondo del abismo y entre los alaridos de los suicidas fantasmas de la roca de la Virgen del Carmen y los sollozos angelicales de Antonia, el Salto del Tequendama entonó un sinfónico Réquiem:

“Réquiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis”.
“El descanso eterno dales, Señor, y que la luz perpetúa las ilumine”.

Sor Juana 